

Festival de Performance Ojo de Pez

San Miguel de Tucumán. Septiembre de 2011

En su medio siglo de existencia en la Argentina, el arte de acción ha puesto de manifiesto su capacidad y potencialidad para la exploración estética, el comentario sobre la realidad y la provocación del pensamiento. El Festival de Performance Ojo de Pez hace gala de esta propiedad al reunir catorce piezas en una amplia variedad de formatos, estéticas y propuestas conceptuales.

El conjunto demuestra el carácter híbrido del arte de acción contemporáneo, que se cruza hoy con la pintura, la danza, el dibujo, la instalación o la música. Como es habitual, los trabajos presentados se centran en el cuerpo de sus ejecutantes, en sus acciones y proyecciones, aunque muchos incorporan la participación de los espectadores. La mayoría de las obras posee una duración concreta, si bien algunas de ellas se extienden en el tiempo y conviven armónicamente con sus compañeras, ofreciendo la posibilidad de una experiencia simultánea.

Pablo Guiot da inicio al evento con la primera propuesta participativa de la noche. Utilizando un abrigo suspendido del techo, con sus mangas extendidas en forma de círculo, prolonga su cuerpo en un abrazo abierto a los demás que pronto encuentra eco en el público asistente. Uno a uno se suman los voluntarios hasta que el espacio interior se agota y el abrazo se estrecha con intensidad.

Simultáneamente Gabriel Baggio comienza con su trabajo, que se extiende a lo largo de toda la jornada. Éste consiste en aprender a confeccionar una remera de algodón a partir de las instrucciones y la experiencia de la modista tucumana Isabel Padros, quien lo acompaña durante todo el proceso con recomendaciones, correcciones y consejos. Aunque el vínculo entre maestra y alumno es más bien privado, su puesta en público otorga materialidad al proceso de aprendizaje que está en la base de la propagación de las herencias y los saberes culturales.

Graciela Ovejero Postigo inicia su performance en el exterior, en lo alto de una escalera. Luego ingresa al recinto con un enorme ovillo de tela que se conecta con su propio vestido, y lo despliega por todo el espacio desplazándose entre los espectadores. Trae también una valija de la que saca un pequeño vidrio con el que interpela al público, mirándolo fijamente a través de él. Al finalizar, la gente ayuda a la artista a recoger el ovillo y dar por terminada su acción.

En *Palo y globo*, Alejandra Mizrahi establece una relación momentánea entre un globo real y sus múltiples representaciones en papel adheridas sobre una pared. Utilizando el globo real a la manera de la zanahoria que impulsa al burro, produce la energía que transforma a la repentina soltura de los otros en una suerte de pequeño concierto sonoro que traduce la resistencia de las imágenes a abandonar su soporte material.

Nuevamente afuera, María Albarracín provoca el silencio inmediato del numeroso público al levantar un cartel con la palabra “silencio”. El sol se ha puesto y la multitud aguarda expectante la evolución del gesto que no va más allá de esa mínima acción.

Agustín González Goytia desarrolla un sistema que transforma el acto de pintar en una genuina performance. Delinea parte de una silueta humana con un pincel hasta que la pintura se acaba; cuando esto sucede, agrega otro pincel y vuelve a pintar hasta la nueva extinción del líquido. En

esta forma sigue hasta que una extensa vara de pinceles apenas le permite concluir su tarea dificultosamente y a la distancia.

Con movimientos precisos, Coti González establece un diálogo silente con una silla. Cada pose encuentra un contrapunto en las mínimas líneas de su acompañante, cada desplazamiento es seguido de una respuesta del objeto, que realza los gestos de la performer. Por momentos, cuerpo y silla se confunden, se hacen uno. La minuciosa coreografía acapara la atención del público que rodea la escena abstraído.

La intervención de Soledad Sánchez Goldar provoca reacciones encontradas. Montada en una bicicleta asegurada al piso, la artista pedalea iluminando un texto y unas fotografías con la luz frontal del vehículo, mientras se oyen una selección de canciones populares. El público las entona rápidamente. Pero al terminar la performance, la lectura del texto –que explica que la bicicleta perteneció a un tío de Sánchez Goldar desaparecido durante la última dictadura militar– transforma la euforia cantante en un instante de silencio que promueve el recuerdo y la reflexión sobre ese nefasto período de la historia argentina.

De inmediato, comienza una nueva propuesta duracional que se prolonga a lo largo del evento. En esta ocasión, Rolo Juárez llama la atención de los espectadores mediante los sonidos y efectos lumínicos que produce desde un espacio en el que previamente se ha encerrado. Sus acciones son invisibles, pero pueden ser adivinadas por sus consecuencias. El público es invitado a seguir su desarrollo aportando los gestos y movimientos que les sugiere su imaginación.

Gely González también delimita un espacio de clausura. Pero en él coloca unos elementos banales a la vista abierta de los asistentes: un martillo y un teléfono celular. Éste llama, pero nadie atiende. No obstante, su sonido es suficiente para fracturar el clima que ha suscitado la artista con sus movimientos lentos, casi rituales. Los objetos quedan abandonados en el piso, hasta que la gente los olvida. Pero un nuevo llamado del teléfono les devuelve su presencia, trayéndolos otra vez a la realidad.

En *Traducción simultánea*, Sofía Medici traza unas intrincadas relaciones entre la Casa de Tucumán, la historia argentina, el presente y su propia familia, a través de un relato basado en asociaciones libres que oscila entre el desconcierto y el humor. Apoyada en documentos a veces académicos y otras sospechosos (materiales obtenidos básicamente de la Internet), en datos concretos y apreciaciones personales, la artista construye una ficción con voluntad de verosimilitud que despierta en los espectadores tanto el asombro como la carcajada.

La intervención de Flavia Romano se basa en una acción muy simple: la escritura de un texto repetitivo y tautológico (la palabra “borrar”) que el propio cuerpo de la artista va suprimiendo en su recorrido, transformándolo en la huella de un relato indescifrable.

Acto seguido, Hugo Velárdez ejecuta una agitada coreografía que ofrece una visión de la vida actual. Vestido de traje y con una máscara, plasma el agobio y la celeridad de nuestros tiempos en la figura de un ejecutivo convulsionado que sólo se libera cuando, al salir del recinto y despojarse de sus ropas, entra en contacto con la naturaleza que rodea el lugar.

Finalizando la jornada, las integrantes de Pan Duro ofrecen un recital de *rap* que entona frases críticas y de protesta al ritmo de melodías remixadas. Su energía reaviva al público que sigue sus

canciones con entusiasmo, para concluir con potencia y alegría esta sucesión de acciones estrictamente orquestadas que celebra los aportes de la performance a la creación artística argentina contemporánea.

Rodrigo Alonso